

No quiero crecer más¹

Enrico Parolari²

Los jóvenes adultos italianos - sobre todo los varones - son los adolescentes más viejos de Europa. El 45% de ellos, entre los 30 y 34 años, vive con los padres que a su vez no los ayudan a iniciar el vuelo para abandonar el nido. Solamente el 18% de los padres/madres está convencido que su hijo debería salir de su casa al llegar a la mayoría de edad. Sobre todo son las madres las que principalmente se oponen, pensando que la edad justa sea alrededor de los 26 años. El miedo a crecer que tienen los treintañeros se mezcla con el miedo a envejecer de los cincuentones. De hecho, los hijos no cruzan la puerta de la casa antes de los 30. Aún pudiendo no se alejan: casi la mitad de las nuevas parejas va a vivir cerca, a un kilómetro de la casa de los padres de él o de ella. El adolescente treintañero que, antes o después, está obligado a ingresar en la edad adulta experimenta un extraño sentimiento de angustia y de malestar.

El vocabulario del miedo

«En casa, hay una situación de *miedo!*!», «Cuando mi colega me mira, entro en *pánico!*», «Tengo *fobia* al estudio», «Desahogo mi *ansiedad* comiendo»... Son palabras que tienen un significado específico y se refieren a diferentes situaciones existenciales³ pero que en el lenguaje común tienden a sobreponerse. Tratemos de distinguirlas.

Miedo. Tensión interna con reacciones fisiológicas (temblor, sudor, taquicardia...), que se expresa como una tendencia a evitar una realidad externa, percibida como peligrosa. Podemos tener miedo a los perros, a volar, a ir al dentista... En todo caso, el miedo responde a una amenaza externa, circunscripta y bien definida de la cual la persona puede defenderse huyendo de ella, evitándola, eliminándola de la propia vida. El miedo es una emoción sana y útil porque nos advierte de un peligro: si no fuera así, estaríamos a merced de nuestra omnipotencia imprudente. Sin embargo, no siempre los miedos que experimentamos son objetivos y percibidos por todos de la misma forma. No raramente, están sujetos a énfasis o exageraciones que dependen de nuestra memoria afectiva, la marca emotiva de nuestro pasado.

Fobia. Temor irracional y persistente debido a un objeto, actividad o situación específica (el estímulo fóbico), que activa la tendencia compulsiva a evitarlo: se evita el objeto o se lo enfrenta con un gran esfuerzo.

1 PAROLARI, Enrico, «Non voglio crescere piu'» en *Tredimensioni* 6 (2009) 175-186. Traducción: F. Godiño (2012).

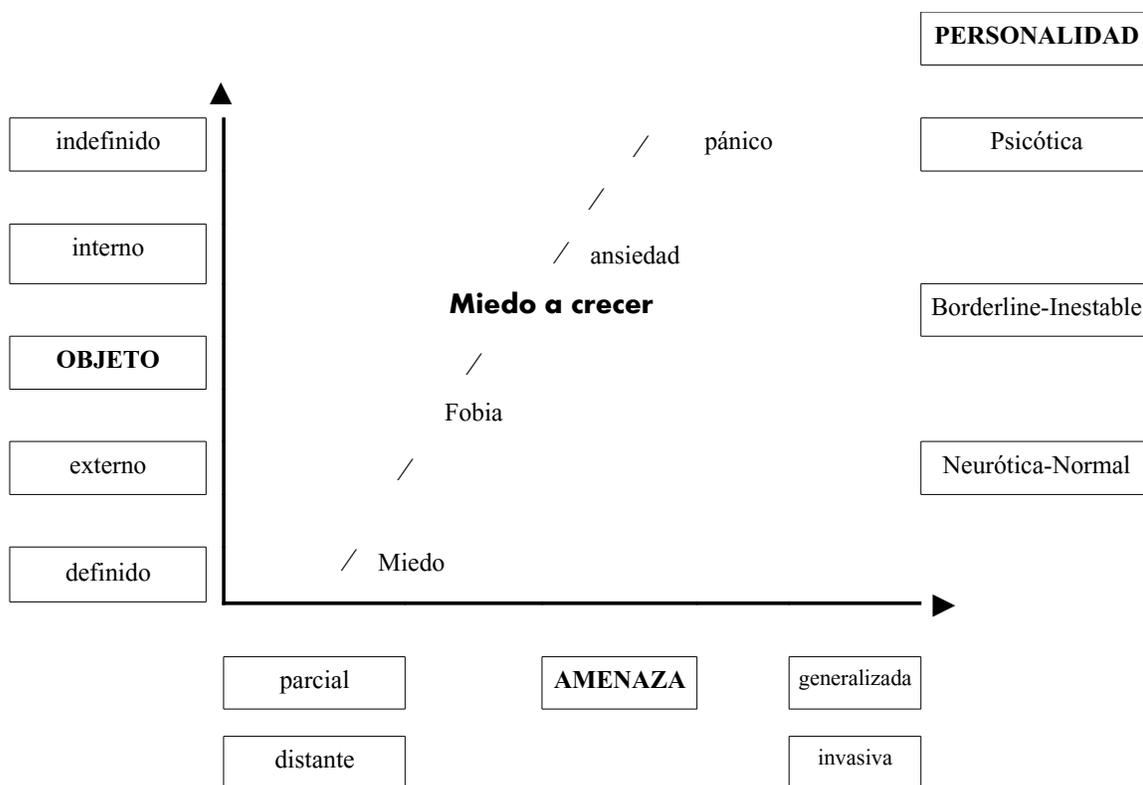
2 Psicólogo, Seminario Arquidiocesano de Milán (Italia).

3 DSM-IV, Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales, Masson S.A., Milano – París – Barcelona, 2000. NdT. Cfr. Cap. Trastornos de ansiedad.

Ansiedad. Anticipación de un peligro o de un evento negativo, acompañada por sentimientos de disforia o por síntomas físicos de tensión. El peligro puede ser externo (hablar ante un público, una persona querida que parte en un viaje,...), o interno (la impresión de estar abandonado, prever un fracaso en alguna tarea vital,...)

Pánico (ataque de pánico). El surgir imprevisto y delimitado en el tiempo, de una intensa aprehensión o terror, a menudo asociado a sentimientos de muerte inminente. Durante los ataques existen síntomas como: respiración breve, sensación de sofocamiento, palpitaciones, taquicardia, disnea⁴, hasta el miedo de enloquecer o de perder el control. Los ataques pueden ser imprevistos, co-relacionados a la situación o sensibles a la situación sin un nexo directo con ella.

En una simple representación gráfica, podemos organizar estos miedos según dos coordenadas: en relación al objeto que provoca el miedo y en relación al tipo de amenaza percibida. Al tipo de objeto podemos asociar la cualidad de la estructura de la personalidad (más o menos cohesionada y madura), mientras que a la amenaza podemos asociar el sentido de la propia mortalidad.



4 NdT. Dificultad respiratoria, falta de aire.

En la representación gráfica se puede ver que, en el continuum entre normalidad y patología, el pasar de una forma de miedo a otra implica un cambio, sea en el objeto como de la amenaza. El objeto pasa de definido a indefinido, de externo a siempre más interno. La amenaza se transforma de parcial a siempre más generalizada hasta la percepción de la muerte inminente, de relativamente distante y susceptible de ser afrontada dado que es externa, a siempre más invasiva y no controlable.

El síndrome de Peter Pan

El Peter Pan de la versión cinematográfica de Disney es el héroe positivo que encarna la juventud eterna, mientras que el Peter Pan de la versión literaria de J.M. Barrie representa el malestar de quien se niega a crecer⁵. Por lo tanto en Peter Pan se pueden reflejar tanto los niños como los adultos. Huérfano, escapa de su casa, y esta situación le permite afrontar experiencias que de lo contrario no hubiera hecho, como la de volar por Neverland. En la película, la capacidad de volar refleja sobre todo el gozo de vivir y la inconsciencia de la infancia, mientras que en el libro de Barrie, representa fundamentalmente el hecho de escapar hacia una realidad que hoy llamaríamos virtual.

El síndrome de Peter Pan (así ha sido llamado, en la década de los ochenta, por el psicólogo norteamericano de la escuela jungiana, Dan De Kiley)⁶ afecta a quien, como el personaje, termina aprisionado en el abismo del hombre que no quiere ser y del muchacho que no puede continuar siendo, quien probó rechazar las reglas del mundo adulto y se sintió vencido. El síndrome afecta a quien esconde sus inquietudes con coberturas, como hace Peter Pan cuando se pone a tocar alegremente su flauta justo cuando está por ser abandonado por Wendy y por sus Niños Perdidos. La personalidad de los modernos Peter Pan los empuja a fingir, mentir, imitar, recitar un rol, inventar historias extraordinarias⁷. Mienten, sobre todo a sí mismos: para evitar pensar en sus miedos, prefieren mirar a sus lados positivos, convenciéndose rápidamente de ser algo especial y transformándose a menudo en individualistas arrogantes, aún si a su megalomanía consciente le corresponde una inferioridad inconsciente.

En la versión original de Barrie, Peter Pan es indiferente, sin corazón, cambia de terreno por aburrimiento y a menudo usa este lado de su carácter para intimidar sus nuevos conocimientos, mientras que para generar compasión en los otros, alude a su ser un huérfano abandonado. Intimidación y manipulación son los medios con los cuales los Peter Pan del

5 Peter Pan aparece por primera vez en «*The Little White Bird*» (1902) de Barrie, donde un adulto relata a un niño historias vinculadas al Kensington Garden (Jardín de Kensington). Una de estas historias es la de Peter Pan. Sucesivamente, en 1904, se realizó la versión teatral más extensa y profunda: Peter Pan o “*The Boy Who Would Not Grow Up*”. La comedia tuvo tanto suceso que los capítulos de «*The Little White Bird*» que estaban vinculados a Peter Pan fueron publicados en un único volumen titulado «Peter Pan in Kensington Garden» (Peter Pan en el Jardín de Kensington). El romance que se lee ahora, «Peter and Wendy», es del año 1911. A éste, le siguieron muchas versiones cinematográficas y de otro tipo. Ya en 1924 Herbert Brenon realizó una película muda sobre las aventuras de Peter Pan, le siguió otra de Walter Lantz. Se destacan las películas: «*Hook y Peter Pan*» (Estados Unidos, 1991), «*Regreso al País de Nunca Jamás*» (Estados Unidos, 2002); la primera es la continuación de la novela de J. M. Barrie creada por Steven Spielberg y la segunda ha sido realizada por Disney. Además de las películas para el cine y la televisión, se han realizado musicales y series de dibujos animados para niños/as, sobre todo en Japón. Algunos cantantes, italianos y extranjeros, como Edoardo Bennato, Enrico Ruggeri, Giorgia, “The Smashing Pumpkins”, Kate Bush y Patty Griffin, introdujeron en sus trabajos al personaje de Peter Pan. (Cfr. Lucani, V., *Peter Pan e la letteratura per l’infanzia*, Tesi di laurea in Lingue e Letterature straniere, Università degli Studi Roma Tre, 2003-2004.)

6 Kiley, D., *Gli uomini che hanno paura di crescere. La sindrome di Peter Pan*, Rizzoli, Milano, 1985.

7 Carotenuto, A., *La strategia di Peter Pan*, Bompiani, Milano, 1995, pp.52-67.

nuevo milenio manejan las relaciones.

Según De Kiley, el origen del síndrome está en la actitud de aquellos padres y madres que dejan creer a los hijos que las reglas son válidas para todos menor para ellos, padres y madres que, preocupados por dejar solos a sus hijos, le siguen la corriente en todo, o padres y madres que, controlando y sofocando en forma ansiosa, de todas formas los dejan solos y privados de ternura e intimidad. Los hijos de tales padres y madres permanecen demasiado tiempo en la fase de la adolescencia y continúan buscando a la «madre» o al «padre» en otros vínculos. Los hombres Peter Pan quieren que su compañera sea para ellos una madre, que comprenda su fragilidad, que ceda a sus caprichos. A menudo no logran estar sin una mujer/mamá que los consienta en todo, aún si al mismo tiempo tiene terror de los vínculos. Como Peter Pan quieren continuar divirtiéndose. Mientras que para Jung el niño divino representa la tendencia más fuerte e irreducible de todo ser, la de realizarse a sí mismo, para De Kiley, el *puer aeternus* es el arquetipo de la amoralidad, de la vulnerabilidad y de la auto-destructividad.

Una miedo necesario al deseo

El miedo a crecer no es patológico en sí mismo. Sí lo es cuando tiene el poder de bloquear el desarrollo y es, en ese momento, que puede florecer la estrategia Peter Pan. De hecho, el actuar de la libertad humana ocurre en un contexto de deseo y miedo⁸. A menudo, al deseo consciente de crecer se le contrapone un miedo inconsciente. Esta dialéctica es particularmente visible en algunos fenómenos documentados por investigaciones psicológicas como la «depresión por suceso» o el «miedo a estar mejor bajo el perfil psicológico». Cuando se alcanza una meta largamente soñada y perseguida, no es raro que al gozo se le una el miedo: «¿Seré capaz?», «ahora, ¿qué hago?», «Y ustedes, ¿continuarán siendo amigos?». Hay quien, después de una buena carrera universitaria, prolonga inexplicablemente el último tramo de sus estudios: se bloquea, por así decirlo, a las puertas de las responsabilidades de la vida. Hay también quien dio un salto de calidad pero lo atribuye a la fortuna o a la casualidad, lo deja como una excepción y «prefiere» hacer una regresión a modos de actuar más familiares, más seguros, aún si al final son más humillantes.

La dialéctica entre deseo y miedo está también en la base de la resistencia a crecer⁹. Y está bien que así sea. Desear pero tener miedo, crecer pero resistirse, cambiar pero permanecer... son signos de que la persona está caminando seriamente: sabe que las elecciones significativas son serias, no se toman por obligación sino libremente; tienen su fascinación pero también un precio, realizan los propios deseos pero no necesariamente gustan a los otros... Quien no experimenta miedo, al menos en algún pasaje decisivo, está engañándose a sí mismo.

8 Manenti, A., *Vivere gli ideali*. Tra paura e desiderio / 1, Edizione Dehoniane, Bologna, 1988, pp. 99- 105.

9 Ibid. pp. 106-110.

La fenomenología del miedo a crecer

Un adulto joven con una buena posición en el trabajo que vive con grandes ideales, desde hace dos años cada tanto experimenta la idea de hacerse cura. Desde hace seis años está de novio con una joven con la cual nunca ha querido vincularse seriamente. Continúa preguntándose cuál es su vocación.

Una muchacha que está casi terminando la universidad, comprometida en su parroquia y con muchos amigos, dice no tener tiempo para hacer una elección afectiva. Tiene varios amigos bonitos pero que mantiene a la distancia justa ya que «el matrimonio es una cosa seria».

A dos novios, que están juntos desde hace 5 años, les gusta aclarar a sus amigos que su relación es sólo una amistad, y cuando por fin toman en consideración la hipótesis de casarse, uno de los dos cambia porque «deben conocerse mejor».

Finalmente una casa sólo para ellos. Pero tienen que terminar de pagarla. Él trabaja hasta las 8 de la noche, ella va a cenar con la madre mientras todos los domingos van a almorzar con la familia de él. Después de un año, desolados tienen que admitir: «entre nosotros no existe más la atracción que había antes». Y sin embargo, habían soñado con su casa propia, y preparada en cada detalle, en cada minuto libre.

Una posible explicación para estos tipos de detención evolutiva es el hecho de no haber completado el proceso de *individuación y separación*¹⁰. Se trata de una tarea evolutiva fundamental que se re-propone cada vez que se visualiza el pasaje de una fase del desarrollo a la siguiente. Es una tarea del niño cuando se acerca al umbral de la adolescencia, del adolescente ya casi cercano a la edad adulta, del joven adulto... Para cada etapa se trata de re-definirse teniendo en cuenta la nueva situación de la vida y de revisar los viejos modelos relacionales. Si se encuentran demasiadas dificultades para re-colocarse, es fácil que aparezca la dificultad a encontrarse en la propia identidad y a vincularse con los otros, con la consecuente carencia de intimidad consigo mismo y con los otros. Por todo esto aparece el miedo a crecer. Si a este punto nos preguntamos dónde se puede colocar el miedo a crecer en relación a los otros miedos y a las estructuras de personalidad más o menos cohesionadas, estables y maduras (cfr. la representación gráfica), se lo pondría entre la fobia y los síntomas de ansiedad, al umbral entre la estructura de personalidad neurótica-normal y la *borderline*-inestable.

El miedo a crecer no es un sentimiento pasajero sino un estilo de vida bastante estable y organizado gracias al cual se prefiere, aún sin saberlo, permanecer en la adolescencia y postergar la vida adulta. Con la idea de individuarse, nace el miedo a no ser capaz de afrontar una nueva vida, a equivocarse de camino, a fallar sin tener una vía de salida, y a la idea de separarse se asocia el miedo a perder, en la separación, la cercanía de las personas queridas, a no sentirse seguros de ser amados como antes, a no sentirse entendidos.

10 Berrini, R. – Cambiaso, G., *Figli per sempre. Il difficile distacco dalla famiglia*, Franco Angeli, Milán, 1995.

Miedo camuflado

El miedo a crecer no se siente como él es. Si fuera así, sería una permanente sensación humillante que amenaza la estima de sí y podríamos recurrir rápidamente a protegernos. Es un miedo silencioso, que no hace sufrir pero da un simpático aspecto de Peter Pan.

Lo podemos llevar dentro por mucho tiempo porque es traducido inconscientemente en miedos más tolerables, justificables y... remunerados, hasta el punto de que ya no aparecen más como miedos sino al contrario, como signos de madurez y virtud. Los mecanismos de defensa para una operación de este género van desde los más maduros (defensas neuróticas-normales) hasta lo más primitivos (defensas narcisistas-primitivas)¹¹. El miedo a crecer está justo en una situación intermedia y oscila entre estas dos clases de operaciones defensivas.

Miedo a crecer físicamente. El cuerpo – lo sabemos todos- se presta como caja de resonancia que manifiesta y esconde conflictos y dinámicas psicológicas, entre las cuales también está el miedo a crecer (*desplazamiento*). Sin recurrir al llamativo caso (y no solamente femenino) de la anorexia, se pueden recordar: el retraso (en el adolescente y sobre todo en el masculino) del surgir de los rasgos de una corporalidad adulta; el modelo atrayente de un cuerpo unisex que atenúa las marcas de la diferencia de género masculino y femenino; los síntomas psico-somáticos (mejor decirse «tengo dolor de cabeza» que admitir «hoy no tengo ganas de trabajar»). En situaciones aún más inmaduras, el miedo a crecer puede usar al cuerpo para hacernos vivir una forma oscilante de *omnipotencia* y/o de *desvalorización*: la atención espasmódica por la propia belleza exorciza el encuentro con la decadencia, o el descuido y la dejadez dan una apariencia de pobreza evangélica que a la mano y al portafolio les resulta difícil elegir.

Miedo a sentir. La vida misma nos exige crecer. Para evitar tal invitación bloqueamos nuestra capacidad para sentir, como si algunos sonidos del mundo emotivo fueran siempre silenciosos o faltaran algunas notas fundamentales. Se trata más fácilmente de emociones e impulsos agresivos y/o sexuales. El miedo a sentir los impulsos básicos del crecimiento, y que también son un poco ansiógenos, podrían resolverse con la defensa del *aislamiento*. Esta defensa desconecta eventos y argumentos de sus conexiones emotivas o sentimentales, dándonos también la ventaja de parecer personas reflexivas y equilibradas. En una forma más radical podemos bloquear incluso la percepción de aquello que nos exige crecer, no viéndolo (*negación*) o reparando el descuido si es que por acaso lo hemos visto (*anulación retroactiva*).

Miedo a la confrontación o a la competición. El proceso de individuación y separación exige la capacidad de poder soportar el encuentro/desencuentro con la diversidad del otro. Para evitar esta situación embarazosa se puede preferir presentarse en actitud de inferioridad y humillación (*volviéndose contra sí*) que puede aparecer como disponibilidad a la escucha y a la docilidad (*hacia pares y superiores*). A veces evitamos de raíz la confrontación con el otro atribuyéndole la culpa (*proyección*). En otros casos del miedo a crecer se protege con el *retiro social* que aleja de toda situación, obligando a

¹¹ Cencini, A. & Manenti, A., *Psicología y Formación*. Paulinas, México, 1994, pp. 280-394. Lingiardi – F. Madeddu, *I meccanismi di difesa*, Raffaello Cortina, Milano, 1994.

recurrir a formas de *idealización* y *desvalorización* de los otros antes, que antes que ser interlocutores de un mutuo intercambio son colocados en el mismo rango de dioses protectores que hay que imitar o de pobres diablos a los que hay que tener compasión. En la adolescencia tardía muchas problemáticas de identificación sexual masculina podrían pertenecer a este miedo a crecer.

Miedo a elegir. El miedo a decidirse por una cosa y no por otra, sobre todo cuando se trata de elecciones afectivas y vitales, no raramente es cubierto por una serie de consideraciones teóricas sobre la elección, que en vez de concluirla tiene el poder de atrasarla (*intelectualización*). Para tergiversar el asunto se brindan razones que son plausibles y también buenas, pero que no son las verdaderas, es decir pertinentes al caso (*racionalización*). En las formas más primitivas se recurre al método de la alternancia (*escisión*) que consiste en el oscilar entre los pro y los contra, pero teniéndolos separados entre sí; por lo que se vuelve un oscilar eterno que se puede parecer más a un jugar alternativamente en varios juegos de mesa que a un verdadero proceso decisional.

Atravesar el miedo a crecer

No se puede pretender ofrecer una respuesta fácil a un problema tan complejo como el miedo a crecer. Me limito a ofrecer un camino, un sendero de crecimiento, invitando a recorrerlo en forma personal y junto a amigos solidarios, pero sobre todo con una guía experta. Me he preguntado cómo titular esta conclusión: «¿Huir del miedo?» o «¿Superar el miedo?». Preferí: «Atravesar el miedo a crecer».

Del miedo a crecer no se sale nunca y nunca se lo supera. Superado una vez reaparece otra vez, ya que todo crecimiento implica una sucesiva re-activación de la dialéctica deseo-miedo. En este campo no existen soluciones mágicas que permitan soñar un futuro finalmente tranquilo. Saliendo de un miedo específico (típico de la edad que estás viviendo o del tema de vida que estas debatiendo), gozarás de la conquista, pero un nuevo miedo nacerá, típico del nuevo estadio evolutivo que antes o después deberás abandonar. Lamentablemente «...y vivieron felices y contentos» no es una experiencia para todas las personas.

Entonces mejor *alentar a atravesar el miedo a crecer* como sucede en las más lindas fábulas de la tradición, haciendo un viaje difícil y teniendo desafíos peligrosos. A continuación menciono algunos pasos de esta travesía, personal pero no solitaria. Quien así lo desea lo puede buscar también en el relato evangélico de la resurrección de Lázaro (Jn 11,34-44): el texto se refiere antes que nada a un signo para la fe de que Jesús cumple, pero se lo puede leer también como metáfora del atravesar el miedo a crecer.

- ✓ *No tener miedo del miedo.* Como ha sido ya dicho, el miedo a crecer se camufla detrás de otros miedos más tolerables. Sin embargo, no cesa de estar activo y de enviar señales de su presencia. Son señales de malestar que la persona implicada siente pero que no «quiere» y no puede reconocer por lo que verdaderamente son. Por lo tanto se requiere alguien que comparta el camino en diálogo y con paciencia, que no tenga miedo y no se escandalice del cansancio que una persona pueda generar: ella ya está con miedo y con vergüenza y si el otro también se irrita o la reta, dicha persona aumentará aún más sus mecanismos defensivos. «¿Dónde lo han sepultado?... Ven y lo verás!... Fue al sepulcro»: Jesús mira valientemente en los ojos al

miedo a crecer, que en la muerte del amigo obtuvo su mayor triunfo. No empieza por consolar o preguntando - asombrado - cómo pudo haber ocurrido.

- ✓ *Darle su verdadero nombre.* «Saquen la piedra!... Señor, ya huele; es el cuarto día». No es fácil reconocer la propia verdadera vulnerabilidad; es más fácil cubrirla con vulnerabilidades más tolerables que no ofendan tanto la imagen de sí. Pero si alguien me mira conservando, él/ella por mí, la imagen ideal de mí mismo, yo a aquella imagen la puedo poner entre paréntesis y entrar en contacto con el verdadero objeto de mi miedo y decirme por qué me amenaza tanto. Con calma y, por así decirlo, cuidadosamente, puedo también ir reconociendo los recuerdos negativos que se han acumulado en el tiempo y que hacen que mi miedo a crecer sea comprensible y no tan absurdo o vergonzoso.
- ✓ *Contar con alguna persona en quien confiar.* Conocer el miedo no basta para atravesarlo. Se necesita coraje, es decir una fuerza afectiva igual y contraria que permita afrontar el miedo con la esperanza de lograr lo que se espera. Entra a jugar aquí el uso de los propios recursos presentes aún si solamente como recuerdo, de la estima de sí, de una sana agresividad...: es lo que en el proceso terapéutico se llama alianza con el «yo sano» contra el «yo enfermo». Pero confiar en sí mismo requiere una garantía que lo tutele para que no sea una veleidad. Por ello lleva a un pedido de ayuda a quien puede ser garante de tal experiencia. Y aquí la fe ayuda muchísimo. «¿No te he dicho que, si crees, verás...? Padre te doy gracias ...».
- ✓ *Tener gestos de rescate.* Como el miedo, también el rescate tiene que ser concreto. No bastan los propósitos para el futuro. Es necesario identificar elecciones y acciones que se vuelvan simbólicas de un cambio de dirección en relación al miedo a crecer: para alguien será lograr decir en forma serena y directa lo que piensa, para otro será tomar una decisión quizás hasta pequeña pero finalmente personal, para otro será dejar la casa... Refiriéndonos al episodio evangélico es la llamada de Jesús: «Lázaro, sal fuera».
- ✓ *Soportar las protestas del ambiente.* A menudo «los vecinos de casa» boicotean el cambio de quien quiere crecer ya que también implica un cambio para ellos: deben ser re-negociadas las relaciones recíprocas y también a ellos se les presenta el problema de la individuación y separación. Entra aquí la dimensión social y comunitaria que no raramente – con actitudes, palabras y comportamientos de inercia – resiste al cambio de sus miembros y para la cual vale lo que dijo Jesús a los amigos de Lázaro: «Desátelo y déjenlo andar».

Dibuja tu miedo

Dibujo el miedo en una hoja, así se va lejos de mi corazón.
¿De qué color es mi miedo? Es de todos los colores, como el arco iris.
No es un miedo solamente negro, todo negro.
No es un miedo amarillo limón, verde o violeta.
Es un miedo coloreado, como la vida.
Se esconde bajo mi sonrisa y en mis plácidas conversaciones.
Se esconde como un gato gordo y gime suave.
Quiere ser acariciado y calentado.
No quiere tener más miedo.
Entonces la pongo en una hoja para que mire alrededor.
Es estúpido que se esconda en la oscuridad. La oscuridad no es el lugar para mi miedo.
Vivo y palpitante como un corazón, debe vivir y salir en las lágrimas, y poder ser dicho.
Así, podemos vivir juntos, yo y este tonto miedo.
Hasta que no suceda algo y nos hacemos compañía.
Si digo que no está, no por ello desaparece.
Entonces es mejor conocerse, y darse la mano, y animarse y tener confianza hasta que no sucederá algo nuevo y bello, y salgamos de esta. Juntos.
Prometo que cuando todo haya terminado, no lo pondré en un cajón y diremos: Uff, terminó.
Prometo sacar de aquí también a mi miedo.

Leí 100 veces mi poesía sobre el miedo. Me gusta mucho. Ahora tengo un poco de miedo. Es decir, igualmente tengo miedo, pero está un poco más domesticado. Y las cosas que se ven y que se dicen ya son muchos menos asustadoras. Tengo que probar a volver a dibujar bien, porque no estoy muy convencida del dibujo¹².

12 Biscaretti, C., *Di che colore è la mia paura*. Diario di una malattia. Editorial Terre di Mezzo, Milán, 2005. Clara tiene 26 años cuando descubre que está enferma de leucemia. Contrapone a su enfermedad una energía, una pasión y una alegría extraordinarias. En una página de su diario escribe: «Pasión, esperanza, confianza, vida. Morir con 26 años es absurdo. Morir es siempre absurdo. Así vivo».